

“La Batalla Definitiva”

de

Daniel G. Domínguez

Había sido difícil escalar aquella montaña, sobre todo por culpa de las grandes rocas que encontraban en el camino que ascendía vertiginosamente por aquella ladera empinada; tuvieron que hacer gala de toda su destreza. También tuvieron que superar sus miedos a medida que iban avanzado, pues aquellas rocas no eran sino los restos de la torre de Al-Guladir, la torre que vigilaba el acceso al norte del país, y aquello solo podía significar una cosa... El Gran Dragón Negro, Dhargul, había vuelto para reclamar su tierra.

No querían creerlo, pero los rumores que les llegaron la noche anterior en una taberna cualquiera del Páramo Pardo, cobraban fuerza con cada visitante y cada jarra de hidromiel que caía. Se contó la batalla de cómo Dhargul había caído al Lago Rojo, abatido por una flecha certera en el ojo izquierdo por el gran héroe al que todo aventurero ha admirado, el Todopoderoso Thorus, hijo de Thorum El Sanguinario, hacía ya medio siglo. Pero los testigos que habían huido de Al-Guladir a duras penas, algunos con heridas aún sangrantes, hablaban de un gran dragón alado que había llegado en la noche; sus escamas eran de un negro azabache, tan oscuro que la luz de la luna no provocaba ningún reflejo en ellas. Contaban que a pesar de que la luna estaba llena, cuando aquel ser demoníaco se interpuso entre ella y la Guardia del Norte batiendo sus alas y apagando así todas las antorchas del recinto, la noche se volvió completamente cerrada; apenas podían distinguir los rostros de sus compañeros en aquella repentina oscuridad. Y entonces todo fue caos, destrucción y muerte. Afirmaban que no podía ser otro, que aquel monstruo era sin duda Dhargul.

Contaban con pelos y señales cómo en cada pasada que el dragón hacía se llevaba un trozo de la torre con sus garras, haciendo que varias decenas de guardianes cayesen al vacío, aplastándose irremediabilmente contra el suelo. Pero lo terrorífico no fue eso... Lo peor llegó cuando un estruendoso rugido procedente de la garganta de la bestia reventó los tímpanos de todos los que allí se encontraban. Los oficiales a cargo de la torre seguían dando órdenes inútilmente, tal vez por impulso, pues sabían que nadie podía oírles, ni tan siquiera podían escuchar su propia voz. Muchos de los soldados intentaron defender la posición por sí solos, sin coordinación alguna. Otros muchos huyeron despavoridos terraplén abajo hacia el Páramo Pardo, intentando ponerse a salvo. Las flechas rebotaban cuando impactaban en las escamas, las lanzas simplemente no llegaban, las espadas eran inútiles.

Dhargul no tuvo compasión alguna. Ascendió muy alto hasta que los guardianes lo perdieron de vista, después cayó en picado a una velocidad imposible. Cuando llegó a la altura correcta enderezó el rumbo y embistió la base de la torre. Esta, que estaba ya muy dañada, no ofreció resistencia a la embestida, cayendo por entera encima de los pocos soldados que allí quedaban, matándolos en el acto.

Tan solo quedaba una treintena de hombres de la dotación de doscientos que tenía Al-Guladir corriendo por la llanura que había a los pies de la torre, huyendo despavoridos, rezando a los Dioses que el dragón no les persiguiese y llegasen con vida al amanecer de un nuevo día. Pero los Dioses habían muerto hacía tiempo o simplemente no les escucharon. Los restos de la honrosa Guardia del Norte, corriendo con los oídos sangrando, sin ningún rumbo en concreto, no escucharon el silbido del dragón. El silbido que siempre se oye justo antes de que un Dragón de Hielo lance su gélido aliento sobre el objetivo.

Dhargul paró en seco sobre la llanura, desde aquella posición podía ver como todos corrían. Varios cayeron al suelo debido a la fuerza del batir de las alas, los que a duras penas se mantuvieron no pensaron en ningún instante mirar hacia atrás. El silbido inundó la llanura, posiblemente incluso se escuchó a varias leguas a la redonda. Un fuerte aliento azul blanquecino, mitad sólido, mitad líquido, surgió de las fauces del dragón. Millones de cristales que incluso parecían tener luz propia, alcanzaron a los guardianes, clavándose como millones de agujas traspasando piel, músculos, órganos y huesos. Cada hombre que alcanzaba quedaba petrificado en un instante en la posición que estuviese, para en un segundo después estallar en mil pedazos por la fuerza y velocidad que llevaba el mortal aliento. Todo el mundo sabía que los Dragones de Hielo congelaban a sus víctimas, dejando un rastro de cadáveres helados que nunca se descongelarían —al menos los que no servían de alimento de las bestias—, pero estaban ante el Dragón de Hielo más poderoso de la Historia de Terratragir. Los pocos valientes que se acercasen a la llanura solo encontrarían millares de minúsculos cristales ensangrentados de lo que antaño fueron personas. Cuando solo quedaban seis guardianes el dragón detuvo su aliento. Voló con calma hacia los restos de la torre y aterrizó sobre las ruinas, para ver tranquilamente cómo estos desaparecían en el horizonte.

Y allí llegaron temblando, llorosos y heridos, a la primera taberna que encontraron en el camino para relatar lo que les había sucedido. Juraban que aquella bestia les había perdonado la vida por una sola razón: la de contar a todo el mundo que había vuelto, que la Era de los Dragones aún no había terminado.

Un grupo algo peculiar de tres personas escuchaba el relato desde una mesa cercana. Cuando La Guardia del Norte terminó de hablar —si es que a aquello se le podía llamar ya Guardia del Norte—, se miraron entre sí y se levantaron a la vez que daban el último trago a sus jarras de hidromiel y golpeaban la mesa con ellas. Consiguieron lo que querían, toda la taberna les miraba expectantes.

—¡Nosotros echaremos al dragón de nuestras tierras!

El silencio se hizo en toda la estancia. No pasó mucho tiempo hasta que alguien rompió a reír a carcajada limpia.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja... ¿Vosotros? ¿Un bárbaro manco que ni le llega a las suelas de los zapatos al gran Thorus, un vulgar ladrón y un mago en decadencia? —Dijo la posadera...

—¿Acaso no nos reconocéis? Tal vez os suene más... El Trío Calavera —Las caras de asombro, seguidas de un intenso murmullo eran ahora los protagonistas—. Sí, exacto... Los mismos que derrotaron al Mago Negro que tenía en jaque a Terratragir. Los mismos que devolvimos a las

hordas de No-muertos de las Tierras Baldías a su lugar de origen, el cementerio de Ólegar. Los mismos que derrotamos a los Cincuenta Caciques Trolls que subyugaban al sur...

Todos estallaron en gritos de júbilo y aplausos, la esperanza aún no había desaparecido del todo. No tardaron en partir hacia Al-Guladir, siendo despedidos como los héroes que eran, vitoreados, algunos incluso les desearon toda la suerte del mundo aunque afirmaban que de muy seguro no les hacía falta. Ahora allí se encontraban, subiendo por la ladera ya muy cerca de la base de donde debía estar la torre, temblando de miedo. No dejaban de decirse entre ellos que saldrían victoriosos de esta, que habían salido con vida de situaciones límite otras muchas veces, pero sabían que de encontrarse con Dhargul, aquello podría ser el fin de todo.

¿De encontrarse con Dhargul? Pero... ¿no habían ido precisamente hasta Al-Guladir para derrotar al malvado dragón? No. Claro que no. Tenían como tantas muchas otras veces información secreta que nadie poseía. En las mazmorras de la torre se encontraba el tesoro más importante jamás visto en toda Terratragir. A estas alturas el tesoro del Mago Negro ya se les estaba acabando... Después de las últimas diez hidromieles que se habían tomado en la taberna, todo su capital se reducía a una moneda de oro, dos de plata y diez de bronce, si querían seguir viviendo a cuerpo de rey durante sus viajes aventureros necesitaban más... Mucho más... Y la vuelta del Dragón de Hielo significaba que la historia del tesoro de la torre era cierta, todo el mundo sabe de sobra que a los dragones les encantan los tesoros, lo de reclamar una tierra era solo para los cuentos de los bardos. El plan era sencillo; entrar y salir sin ser visto, utilizando todo el sigilo del que dispusiesen. Con un poco de suerte no tendrían ni que presentar batalla y la suerte era algo que siempre les había favorecido.

Todo parecía fácil cuando lo planearon, pero la luz mortecina de la luna, combinada con una espesa niebla que se había levantado por todo el lugar, ensombrecía el corazón de cualquier aventurero, ladrón o mago que se preciase. Reconocieron la octogonal base de la torre a duras penas, tan solo unos escasos metros les separaban del codiciado tesoro, pero primero debían encontrar la entrada a las mazmorras entre los escombros. Comenzaron a quitar rocas intentando no hacer ruido. Un minuto después escucharon el batir de unas alas.

La niebla se deshizo de repente en jirones hasta desaparecer por completo. El dragón había llegado. Maldijeron su suerte, siempre les pasaba lo mismo... Justo cuando todo parecía ir bien el plan se torcía siempre. El bárbaro desenfundó su espada, el ladrón agarró con fuerza sus sables y el mago apretó con fuerza su bastón, del que emergió una leve luz morada del cristal que adornaba la parte superior. Se prepararon para la inminente batalla.

La bestia se posó a escasos metros de ellos, desafiándolos. Pudieron contemplar por sí mismos la oscuridad de sus escamas, pero lo que más terror les produjo fue comprobar que aquel dragón estaba tuerto del ojo izquierdo... Efectivamente era Dhargul. El dragón más poderoso de todos los tiempos. Ahora ya no reían al pensar en la historia que los supervivientes de la Guardia del Norte les habían contado... Ahora no dudaban de que aquel dragón fuese o no una simple bestia menor, ni de que el pavor de aquellos soldados tuviese fundamento. No había suerte que les salvase de aquello. No llegarían vivos al amanecer.

—¡Tío! ¡Te has pasado tres pueblos! ¡Nos has metido a Dhargul de verdad!

—¿Qué esperabais? Os dije que esta partida iba a ser brutal, que tuvieseis cuidado y que, si organizaba otra partida como máster, tendríais que aceptar que puede que esta fuese la última...

—Ya... pero siempre dices lo mismo... ¡Dhargul, tío! ¡Dhargul! ¡Es imposible! Te has leído todo lo que ha salido de las Crónicas de Terratragir como yo y sabes que Thorus se lo cargó de un solo flechazo... ¡No puede ser!

—Sí, me he leído todo lo que ha salido, y como buen Máster que soy aprovecho cualquier vacío legal que los creadores se dejan en todos los juegos... Si tú también te has leído todo, sabes de sobra que nunca nadie comprobó si el cadáver de Dhargul estaba en el fondo del Lago Rojo... Así que sí, claro que puede ser...

—Me cago en la hostia... Estás colgao tío, no pienso dejar que mi Bárbaro de nivel 99 muera en esta batalla porque a ti se te haya ido la olla... Y más después de tantos años con el mismo personaje y después de haber perdido la mano en la batalla contra el Mago Negro...

—Ni yo mi ladrón profesional de nivel 93... No después de haber conseguido robar la Corona Maldita del último Rey de la Antigua Estirpe de Antmorf... El robo por excelencia al que aspira todo ladrón que se precie de Terratragir...

—Pues ni te digo yo a mi Mago nivel 101... Que para algo me curré el derrocar a los Caciques Trolls del Sur y aniquilé a toda la estirpe de magos de Terratragir... Que lo mío me ha costado convertir a mi personaje en el mejor mago del mundo conocido...

—¡Venga ya, chicos! Sabéis que ganasteis esas batallas por pura potra, tíos... Siempre habéis conseguido una tirada de dados imposible en el último momento...

—¡Y así durante todos estos 30 años! ¿Te parece poco logro? ¡La Diosa de la Fortuna nos sonríe ante tu empeño de matar a nuestros personajes!

—Mira, dejáros de tonterías... Aquí el director de juego soy yo. Así que solo queda una cosa por hacer: tirad los dados por turnos.

—¡No, Juan! ¡No nos hagas hacerlo! ¡Por piedad!

—¡Que los tiréis, cojones!

Pedro fue el primero en tirar, el que llevaba al personaje del bárbaro.

—Puuuuf... Una pifia... ¡Menuda mierda de tirada! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Por fin eres mío!

El Bárbaro fue el primero en atacar. Con su espada en alto salió al encuentro directo de Dhargul, gritando todo lo que pudo para intimidar al dragón. Tras tantos años de batallas, de muertes bajo su espada, ahora parecía más fiero que nunca. Le clavaría aquella espada hasta lo más profundo de su ojo bueno, imitando a Thorus, su héroe, terminando lo que él no pudo hacer ya medio siglo. Pero aquel guerrero no tuvo ninguna oportunidad. La bestia lanzó un manotazo, impactando el reverso de sus garras contra el cuerpo del bárbaro, lanzándolo hacia el vacío a unos cuantos cientos de metros de donde se encontraban. No tardó apenas nada en recorrer toda la distancia que habían ascendido en busca del tesoro. El cuerpo impactó contra el suelo rompiéndose cada uno de los huesos, estallando cada uno de los órganos.

—¡Nooooo tío! ¿No he sobrevivido? ¿Y la armadura nivel 40 que tengo?

—Nada. Estás muerto... del todo. Finito. Caput. Tira los dados Luis...

—Eres cruel, mala persona... Olvídate de la invitación para la ComicCon de San Diego del año que viene...

—Tíralos, venga. Que no tenemos todo el día...

Luis, el ladrón, los lanzó temeroso del resultado.

—Vaya... Tras tantos años parece que hoy por fin es mi día de suerte... Otra Pifia.
¡MWAAJAJAJAJA!

El ladrón gritó por la muerte de su amigo y cargó en un gesto de venganza completamente furioso... No iba a dejar que Dhargul se saliese con la suya. Avanzó algo más que su compañero, estaba bastante más cerca que el bárbaro de cumplir su objetivo, cuando el dragón soltó un leve suspiro hacia sus piernas, que quedaron congeladas al instante. El ladrón, debido al impulso que llevaba cayó al suelo resquebrajándose las piernas a la altura de las rodillas, impidiéndole levantarse. Dhargul cogió uno de los sables que se encontraba a medio metro de sus garras a modo de palillo de dientes y lo clavó en el estómago del tullido sacándolo por la espalda del mismo. Los gritos solo dejaron de oírse al poco después de desaparecer dentro de la boca de la bestia.

—Manu, tu turno...

—No tienes corazón... Eres un mamón. Esto no se le hace a un amigo... —dijo con una lágrima cayéndole por el rostro a la vez que lanzaba los dados.

—¡Sí! ¡Sois míos! ¡Lo he conseguidooooo! —gritó victorioso Juan, el Director de Juego—. Treinta putos años con los mismos personajes y siempre os habíais salido con la vuestra... ¡Ya era hora, cojones! ¡No sabía que inventar ya!

El mago, más frío que sus compañeros, aguardaba expectante el siguiente movimiento de Dhargul... Sabía que poco podía hacer contra aquel contrincante, aunque fuese el mejor mago de toda Terratragir, pues los dragones son más antiguos que la magia si cabe... Pocos conjuros funcionarían contra Dhargul, el Dragón de Hielo más poderoso que ningún otro, Señor de los Dragones... El Dragón Negro. Entonces cayó en un pequeño detalle... La noche anterior después de salir de la taberna, había gastado gran parte de su Maná, de su poder, en hacer un fuego mágico para cocinar la cena, ya que la niebla había humedecido toda la madera de alrededor y además hacía bastante frío, por lo que tuvo que mantener las llamas mágicas durante toda la noche... No tenía las fuerzas suficientes para lanzar ningún conjuro de los que eran capaces de derrotar a un dragón como aquel. Relajó todos sus músculos y dejó caer el bastón al suelo. Sabía que no tenía nada que hacer.

Dhargul rió a carcajada limpia, levantó una de sus patas traseras y la dejó caer sobre el último mago existente. Un líquido acuoso pero denso salió de debajo de esta.

Los últimos héroes de Terratragir habían encontrado su fin.

La Era de los Dragones había comenzado.

El fin de los hombres también.